

La biblioteca de Benjamín o *Benjaminito*

Emilio Pascual*

TOM JONES

PRIMERA EDICIÓN: 1749



Henry Fielding
(1707-1754)

Entre las obras que había leído David Copperfield con provecho figuraba *Tom Jones*. Entre las obras que visitó al menos una vez Tom Jones, tras haber sido muy bien descalabrado, se hallaban las que contenía la biblioteca de cierto barbero harto singular.

«El género humano —dice nuestro cronista— ha experimentado siempre un gran placer en conocer y comentar las acciones de los demás. De aquí la existencia en todas las épocas y naciones de ciertos lugares apropiados para las reuniones públicas, en donde los curiosos pueden cultivar y satisfacer su mutua curiosidad. Entre ellos las barberías han gozado siempre de una justa fama. Entre los griegos, «noticia de barbero» era una expresión proverbial; y Horacio, en una de sus epístolas, se refiere a los barberos romanos en el mismo sentido.»

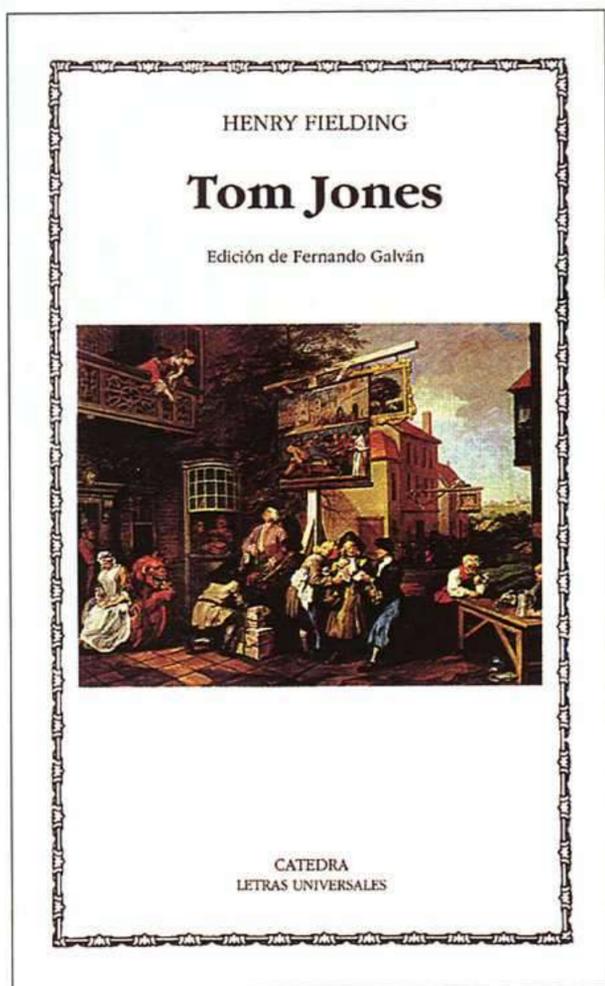
Que las barberías gozaran fama de mentidero parece cosa probada, dado que Tom Jones sospechaba que guardar secretos «no era la característica» de la profesión de barbero. Sobre si el nuestro era capaz o no de guardar un secreto, de todo puede que haya. Pero, lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los *Anales de Somersetshire, Gloucester y Londres*, es que, hacia 1745, nuestro barbero fue casi un trasunto de la trinidad: tres perso-

najes distintos y un solo latinista verdadero.

Era éste «uno de los más divertidos barberos..., sin exceptuar al de Bagdad ni al de *Don Quijote*». El barbero Benjamín, «al que se le conocía por el apodo de *Benjaminito* (calificativo que debía de tener cierto cariz irónico, porque en realidad medía cerca de seis pies de estatura) [...] era un sujeto extraño, de raro humor», que podía hablar en latín mientras vaciaba la navaja o enjabonaba el rostro del cliente. «Aficionado al estudio de la filosofía», se lamentaba de que «su excesiva ilustración» había sido su ruina. Y es que su padre, un «maestro de danzar» que tal vez hubiera podido tomar como modelo Lope de Vega, lo desheredó porque el hijo le había salido con más predisposición hacia la lectura que hacia el baile.

Los libros del barbero/cirujano

En época no muy lejana el oficio de barbero y cirujano habían convivido en la misma mano. No otra cosa fue el padre de Cervantes. Benjamín, turbado por una reciente disposición que separaba ambos oficios, había elegido el método de disociación de la materia, de forma que ni su indumentaria ni su porte se



Albert Finney fue Tom Jones en la película dirigida por Tony Richardson.

confundieran ya que no se confundían las actividades. Y así, unas veces ejercía de barbero y otras de cirujano.

En su calidad de barbero, durante una sesión de rapado y mientras compartía con Tom Jones una botella de vino, se le cayeron de la boca una docena de latines de Virgilio y Horacio, Ovidio y Catulo, Suetonio, Terencio y Cicerón, que pudieran haber salido de cualquier poliantea, o, con más probabilidad, de la *Gramática latina* de William Lily. La *Gramática* de Lily había sido publicada en 1527, y durante dos siglos los ingleses aprendieron latín en ella. No es arriesgado aventurar que estaba presente en la biblioteca de nuestro barbero, pues está comprobado que se hallaba el *Gradus ad Parnassum*.¹

No consta que todos los autores que se pasearon por su boca reposaran en su biblioteca de emergencia, un tanto descabalada e incompleta. De aceptar su propio testimonio, estaban desde luego las *Tristes* de Ovidio, literatura muy apta para evocar con lágrimas en los ojos la última noche antes de un destierro, o la primera después de un amor. No es

improbable que nuestro barbero tuviera las *Metamorfosis*, pero en todo caso olvidó mencionarlas en su lista de urgencia: sí llegó a contar que un amigo suyo era capaz de traducir «tres líneas enteras de las *Epístolas* de Ovidio, sin mirar un diccionario». Suponemos que ese diccionario no pertenecía al campo semántico de Belarmino.²

En su biblioteca no faltaba una edición bilingüe de los *Coloquios* de Erasmo, ni el sexto volumen del *Homero* de Pope,³ el cual parece que tampoco faltó en el bolsillo de cierto soldado que conoció Tom Jones. Tenía libros tan cercanos en el tiempo como el *Robinsón*, y volúmenes sueltos de periódicos recientes: el tercero de *El Espectador*, y *El Artesano*. Tal vez como fruto de consolación o espejo de desengaños, el barbero conservaba un *Kempis*, libro que, a fuer de traducido a pocas menos lenguas que la Biblia, hemos rastreado ya en varias bibliotecas. No creo que mejorase su escepticismo ante el ser humano leyendo libros de historia, pero nos consta que al menos tenía dos volúmenes: una *Crónica* de John Stow, historiador y anticuario

isabelino muerto en 1605, el año en que amanecía *Don Quijote*, y el segundo de la *Historia romana* de Laurence Echard, muerto hacía sólo quince años.⁴

Todavía quedaban dos volúmenes de las obras de Thomas Brown (1663-1704), satírico y traductor, que atrajeron la atención de Tom. «Esos últimos no los he leído nunca, así que os agradecería que me prestarais uno», dijo Jones. ¿Cabe deducir que sí había leído el resto? Ante la duda, siempre nos quedará Hamlet y su *the rest is silence*.

Hamlet. Sorprenden el desorden y las ausencias de la biblioteca del barbero. Porque es de saber que meses después, y ya convertido en Partridge, tercer personaje de su identidad trinitaria, asistió a una representación de *Hamlet*, sufriendo quebrantos y pesadumbres con las apariciones del fantasma. Seguramente Partridge, que en su primera encarnación había sido maestro de latín y ahora era una especie de Sancho que menudeaba latines como el otro refranes, veía más útiles los diccionarios de citas que las obras de Shakespeare. Pero... ¿de qué año estábamos hablando?

Latinistas, barbercirujanos o bacyelmos. Partridge, Benjamín, Benjaminito, o el maestro reencarnado en barbero. De lo que en todo caso cabría deducir que es más fácil hacer de un profesor de latín un barbercirujano, que de un barbero o cirujano un profesor de latín. No me atrevería a decir qué es más noble en un mundo tan desquiciado.

Damas lectoras e intrigantes

Tom Jones conoció aún a Harriet Fitzpatrick, una dama imprevisible, devoradora de libros. En una conversación que mantuvo con su prima Sofía Western, una de las mujeres más encantadoras de la historia de la literatura, Harriet confiesa que, para aliviar su soledad y triste trato, recurrió a los libros, que constituyeron su único consuelo. Transcribo la conversación:

«—Casi todo el día me lo pasaba leyendo. ¿Cuántos libros dirás que me leí en tres meses?»



—No puedo adivinarlo, prima —respondió Sofía—. Quizá diez.

—¿Diez? Y también medio millar —respondió la otra—. Leí una buena parte de la *Historia inglesa de Francia*, de Daniel; muchas de las *Vidas de Plutarco*; la *Atlántida*, el *Homero* de Pope, las comedias de Dryden, a Chillingworth, a la condesa D'Aulnoy, y el *Entendimiento humano*, de Locke.»⁵

Una cosa que siempre me ha turbado es la falta de correlación entre la lectura y la bondad. Hay varias damas lectoras en Tom Jones, que luego resultaron especialmente dotadas para la perversidad, para la intriga; hay clérigos y filósofos que utilizaron su saber y su influencia para la corrupción y la calumnia. No sé si los libros son inocentes, pero desde luego no siempre lo son las manos que los abren ni los ojos que los recorren.

¿Cuál será el destino de los libros? Acaso quepa esperar con Cabodevilla que, si los libros subsisten en el paraíso, «tendrán otras funciones distintas de las que aquí tuvieron, aunque siempre serán funciones honrosas. Si el libro es grande, servirá pa-

ra hacer peso sobre la aureola de un santo recién encolada; si es pequeño, para calzar la pata defectuosa de una mesa. Con un volumen de cuatrocientas páginas, no importa su tamaño, se podrán hacer doscientos barcos de papel». Nada menos.

Se sabe que el autor tenía una jaula en su estudio, y en ella, encerrada, una pajarita de papel. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Se trataba de uno de esos *thesaurus* de sinónimos, epítetos y frases poéticas latinas. Pudo muy bien ser el del jesuita alemán Paul Aler (1656-1727), que se popularizó en Europa desde principios del siglo XVIII.

2. El zapatero Belarmino había acuñado su propio vocabulario, y en medio millar de voces logró contener el mundo. Froilán Escobar, su exégeta, nos legó este testimonio: «Tengo ya reunido un número considerable de vocablos belarminianos y entiendo algunas de sus sentencias. Por ejemplo: en la conferencia de hoy, la frase «está el que come ante el Diccionario, en el tole tole, hasta el tas, tas, tas», significa: «está el hombre ante el universo, mientras vive, hasta que muere». Ésta es la versión literal».

3. Se trata del último volumen de la *Iliada* traducida por Alexander Pope. Pope, que había nacido en 1688, fue un niño enfermizo, al que se recetó como remedio naturaleza y aire libre. Pero él, en vez de dedicarse a la saludable vida campestre, se dio, intemperante, a la lectura. A los once años ya había leído la *Iliada* y escrito un drama inspirado en ella. La tradujo veinte años después y dejó inacabada la *Odisea*. Murió en 1744, casi al mismo tiempo que Benjamin le enseñaba el sexto volumen a Tom Jones.

4. Lo fragmentario e incompleto de esta biblioteca no nos permite asegurar el contenido del volumen. De la *Historia* de Echard hubo una edición de 1699 en dos volúmenes y otra de 1705 en cinco. ¿A cuál de las dos pertenecía el volumen extraviado que guardaba el barbero Benjamín?

5. La *Historia de Francia*, del jesuita francés Gabriel Daniel (1649-1728) fue traducida en 1726. *La Nueva Atlántida*, de Mary Delarivier Manley (1663-1724), resultó tan escandalosa para la hipócrita sociedad de la época, que la novela fue prohibida, y la Manley, encarcelada. John Dryden (1631-1700), satírico y dramaturgo, escribió treinta obras de teatro, cantó el incendio de Londres y tradujo a Virgilio. De William Chillingworth pudo leer *La religión de los protestantes, un camino seguro para la salvación* (1637). La *Historia de Hipólito*, de Madame D'Aulnoy (1650-1705) —a la que recordamos sobre todo por sus cuentos de hadas—, fue traducida al inglés en 1708, así como su *Viaje a España*. Del filósofo John Locke (1632-1704) diría Borges que, «en el siglo XVII, postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio». Reconozcamos que las lecturas de la señora Fitzpatrick eran harto heterogéneas. Ignoramos los títulos de las otras cuatrocientas noventa y tantas obras que leyó.



Dos fotogramas y el cartel de la película de Richardson basada en la novela de Henry Fielding.